



De Babel a nuestros días: el español en la globalización

El camino de la lengua española hacia su unidad y globalidad ha sido largo y difícil, pero hoy es un patrimonio inapreciable que es preciso defender y desarrollar.

JUAN LUIS CEBRIÁN

“Toda la Tierra tenía una misma lengua y usaba unas mismas palabras.” El versículo 11 del Génesis describe así el mundo a la hora del comienzo de la construcción de la Torre de Babel. Las religiones del libro se basan en la narración de la historia nacional del pueblo elegido, sea Israel, el islam o el cristianismo. En Babel culmina el devenir de la Humanidad desde la creación y la caída hasta el inicio de la saga de los Patriarcas. En ese itinerario el lenguaje es consustancial a la fe de los creyentes. Su religión es la religión de la palabra, y de la palabra revelada. “Entonces *dijo* Dios: ‘Hágase la luz’, y hubo luz”. Después continuó dando órdenes verbales que sirvieron para organizar el universo.

Bertrand Russell criticaba el reduccionismo frecuente a la hora de contemplar el lenguaje solo como un método de acumulación y transmisión de conocimientos. En su versión más primitiva la palabra está sobre todo ligada al utilitarismo del mando. Con la palabra, Yavé crea el mundo y más tarde, al destruirla confundiéndola en su diversidad, castiga a aquellos que se apartan del designio divino. Tendremos que esperar a Pentecostés para que el don de lenguas restituya a los apóstoles lo que sus antepasados habían perdido: la facultad de comunicarse y entenderse entre ellos.

En la tradición bíblica, mientras Dios habla al hombre de forma constante, a éste no le es permitido responderle, hasta el punto de que ni siquiera puede mentarlo. Harold Bloom, en su ensayo sobre *Los nombres divinos*, explica que el Dios de los hebreos era algo mágico, inefable, impronunciable, reducida su expresión a una especie de aliento sin vocales. Para poder expresarlo, o definirlo, hubo que inventarle el apelativo de Elohim (ser o seres), del que Alá es una variante. Esta inefabilidad del Dios de los hebreos contrasta con la actitud del creador, que no cesa de dirigirse a ellos y a las cosas de la naturaleza: háganse las estrellas, los animales, las plantas, el hombre y la mujer; a Noé le encarga construir un arca de tres pisos y subirse a ella con toda la prole y a Abraham abandonar su tierra y su familia para dirigirse al país que él mismo ha de indicarle. El Dios del Génesis es humano más que antropomórfico: un señor que manda mucho y se enfada cuando no le obedecen. Los constructores del zigurat de Babel querían una ciudad con una torre cuya cúspide llegara hasta el cielo. Yavé contempla los trabajos en curso y llega a la conclusión de que a aquellos sumerios “nada les impedirá llevar a cabo cuanto se propongan” porque, añade el libro sagrado, “todos forman un solo pueblo y hablan una misma lengua”. Desafían su poderío utilizando un arma formidable, la unidad del lenguaje, por lo que decide impedir que se entiendan entre ellos. El Dios de la palabra se ve así amenazado por la palabra misma, instrumento para la creación y ordenación del mundo que también puede ser empleado en su conquista.

Según este relato, el designio inicial del creador había sido la implantación de un solo idioma, universal o global, y solo su suspicacia frente a la soberbia humana le lleva a rectificar la senda. Esta renuncia a su plan será corregida en Pentecostés. Pero ya no es el dios barbado y todopoderoso el que repara la avería, sino el Espíritu Santo, el numen que desciende envuelto en fuego, para alumbrar el don de lenguas en el cerebro de los apóstoles. Cuenta San Lucas que, producido el milagro, estos comenzaron a hablar en arameo pero sus oyentes podían escucharles cada uno en sus idiomas maternos, que no eran pocos: “Partos, medos y elamitas y los habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, el Ponto y el Asia, Frigia y Panfilia, Egipto, Libia y Cirene, y los forasteros romanos, judíos, y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas”. Una de las preocupaciones divinas respecto al proyecto inacabado de Babel era que si sus promotores conseguían el empeño terminarían por quedarse allí, felices siempre, en vez de cumplir el designio de extenderse por toda la tierra. Mediante el método del lenguaje polisémico inaugurado en Pentecostés, indudable precedente de la traducción simultánea, se evitó la tentación del inmovilismo facilitando, al tiempo, la comprensión del mensaje revelado.

El reinado de la palabra en la historia de la humanidad es, en resumen, casi absoluto. El Evangelio de San Juan comienza como el primer libro de Moisés por referirse a los orígenes de la creación. En el principio era el Verbo...y el Verbo era Dios. La traducción de la versión griega (logos) simplemente como verbo o palabra, resulta sin embargo un abuso. El logos es la expresión del pensamiento y también puede ser el pensamiento mismo. Pero hay palabras que no expresan pensamiento alguno y sobre todo hay pensamientos que no pueden expresarse con palabras. El mito positivista de que la abstracción sucede en el tiempo a la descripción o comprensión de lo abstraído, por lo que no existen conceptos previos, sino solo derivados de la contemplación más o menos empírica, fue desmontado por Platón antes de que Aristóteles definiera a los hombres como animales que hablan. Nuestro lenguaje se distingue del ladrido del perro, el aullido del lobo o el piar de las aves en el simple hecho de que podemos comunicar

abstracciones, es decir, conocimiento, además de estados de ánimo o avisos concretos. O sea que la palabra, que en el Génesis nace como expresión del poder, en la civilización helénica se convierte en método de transmisión de sabiduría y de socialización de las gentes.

En definitiva, la ambición original y divina era la existencia de un solo lenguaje en un solo mundo. La soberbia humana primero, y la ira de Zeus después, hicieron imposible el designio. A lo largo de los siglos, muchos han sido los intentos de enmendar la cuestión mediante la implantación de lenguas más o menos universales. Este último término ha sido utilizado en abundancia a la hora de definir aquellos idiomas de amplia circulación y general conocimiento, singularmente cuando se refieren al inglés o al español. Difícilmente leeremos que el chino o el hindú, hablados por un número considerablemente mayor de individuos que cualquiera de los otros reseñados, son universales. Se debe a que la enorme densidad demográfica de sus hablantes se localiza en un área concreta del planeta y no se encuentra, al menos todavía, suficientemente diseminada. Cuando pensamos en lenguas universales nos referimos más bien a lenguas francas de uso generalizado en países o culturas sometidos a su influencia. Los habitantes de la región donde se levantó el zigurat bíblico hablaban en sumerio, que tras el castigo del cielo se convirtió en un idioma casi muerto bajo la presión de los inmigrantes y las avanzadillas bárbaras. Grecia y Roma impusieron sus propias lenguas francas, igual que lo haría el islam con el árabe. Napoleón potenció la preponderancia temporal del francés, que ya el rey Sol se había ocupado de propagar como elemento de homogeneización cultural de Europa e instrumento de la diplomacia¹. Tras la llegada de las carabelas de Colón a América, el español gozó de un estatus parecido. Fue el primer idioma europeo en ser utilizado a gran escala en territorios lejanos y se convirtió en el medio de comunicación utilizado por los escritores, el clero, los diplomáticos y los oficiales de los ejércitos de la Corona. Nuevamente no se trataba simplemente de un instrumento de

comunicación sino también de ejercicio del poder, de dominio. La era del imperio coincidió con el florecimiento del castellano, que disfrutó de unas ventajas de las que carecieron otros idiomas. Las imprentas de las dos naciones europeas más desarrolladas de la época, Italia y los Países Bajos, pusieron sus recursos al servicio de nuestros autores españoles. En la década de 1540 se editaron en el extranjero más libros escritos por españoles que dentro de la Península.

Una lengua puede considerarse franca aunque no esté muy extendida, salvo entre las elites. El castellano no fue el idioma compañero del imperio, contra las recomendaciones y previsiones de Nebrija, pues durante la etapa colonial los indígenas no fueron educados suficientemente en su uso. Las versiones varían entre los que suponen que se hizo así por un afán evangelizador de los misioneros, decididos a aprender ellos las propias lenguas vernáculas y mezclarse así con las tribus, y quienes aseguran que fue una manera de evitar la ascensión social de los indios en los aparatos de poder administrativos o comerciales. Aunque hay ejemplos tempranos de indígenas educados en español como el inca Garcilaso, muchos colonos preferían utilizar ellos el idioma de sus esclavos o sirvientes. En 1600 se calculaba que el castellano lo hablaban ocho millones y medio de personas, frente a 14 millones que utilizaban el francés. El progreso en la extensión de nuestro idioma debió ser tan pequeño que aunque Carlos III decretó en 1768 que en su reino circulase una única moneda y se hablara una única lengua, ordenando que el castellano se utilizase obligatoriamente en la administración y en la enseñanza, sus esfuerzos no fueron coronados por el éxito. Las estadísticas varían respecto al número de habitantes de las colonias americanas a principios del siglo XIX, cuando comienzan los procesos de independencia, pero hay coincidencia general en señalar que eran abrumadora minoría quienes hablaban el español. Los más generosos creen que al menos una cuarta parte de dicha población se expresaba en castellano, mientras que otros sugieren que apenas pasaba del 10%. La extensión de nuestra lengua en el continente americano fue fruto de la acción de las repúblicas nacientes, necesitadas de dotar a sus administraciones de personal preparado para gobernar, que buscaban en el castellano una forma de identidad nacional.

¹ En España, la Academia se fundó entre otras cosas para defender la lengua española de la invasión de galicismos, aunque se hiciera paradójicamente siguiendo los patrones de la creación de l'Académie Française. Según Peter Burke, los Borbones españoles usaban métodos franceses para defenderse de Francia.

La mitología oficial, sostenida por los misioneros y el Estado español, es que la población había sido hispanizada durante la colonia pero los líderes independentistas tuvieron dificultades para encontrar gestores y ejecutivos suficientemente instruidos, con conocimientos del castellano. La consideración del español como lengua global, si admitimos que lo es, resulta pues relativamente reciente.

Hoy en día la lengua franca de la globalización es con seguridad el inglés y, de alguna forma, el propio idioma informático, pero en ningún caso el castellano. Podríamos en cambio convenir que éste es un idioma global en la medida en que constituye la forma de expresión de cientos de millones de personas diseminadas en áreas muy extensas de la tierra y que crece, de manera preponderante, y muy rápida, en el territorio de la primera potencia mundial.

En España apenas vive uno de cada diez hispanohablantes, pero en la última década el castellano se ha convertido en el tercer idioma más usado en la red después del chino y el inglés. Éste ya era a finales del siglo XIX y principios del XX la lengua del poder económico emergente, EE UU. Durante el siglo pasado se convirtió en la primera lengua franca planetaria que ha conocido la humanidad desde Babel. Es utilizada por millones de gentes en todo el mundo, en todas las comunicaciones y a todos los niveles. La extensión del castellano en la nación más poderosa de la Tierra constituye por eso un desafío tanto como una oportunidad. Los más de 50 millones de hispanohablantes de EE UU conforman la minoría cultural más importante del país y su poder adquisitivo va en aumento. Más de dos mil universidades americanas cuentan con departamento de español y centenares de publicaciones periódicas y emisoras de radio, amén de decenas de canales de televisión, usan nuestra lengua. En un país donde no hace demasiados años el presidente Reagan se esforzó en implantar políticas de *english only*, la nuestra ha dejado de ser una lengua extranjera.

La proyección internacional de la cultura hispánica no tiene reflejo sin embargo en la muy escasa presencia del español en el panorama científico mundial. De modo que aunque podamos considerar que el español es una lengua global, no es la lengua de la globalización.

Por si fuera poco, su expansión en Estados Unidos se ve amenazada por el *espanglish*, respecto al que es preciso establecer una política determinada que no puede ser otra que adaptar y adoptar muchas de sus formas. A quienes expresan excesivos temores respecto a los préstamos lingüísticos convendría recordarles el prólogo de la primera edición de la Gramática compuesta por la Real Academia Española (1771): “La lengua castellana consta de palabras fenicias, griegas, góticas, árabes, y de otras lenguas de los que por dominación o por comercio habitaron o frecuentaron estas partes; pero principalmente abunda de palabras latinas enteras o alteradas”.

La homogeneización del español que propician las academias de la lengua hispana con su política de defensa de unidad de la misma es la manera de promover y garantizar la permanencia del español como idioma global, pero no tiene por qué acabar con las diferencias culturales o locales de las distintas comunidades. El triunfo del español global frente al español llamado *neutro*, que en su día fabricaron los estudios de Hollywood y las grandes multinacionales, pone de relieve que no existe rechazo a los giros, acentos y modismos que identifican la diversidad del español dentro de su coherente unidad.

Entre las diferencias regionales y la confusión babélica el camino de la lengua española hacia su unidad y globalidad ha sido largo y difícil, jalonado de frustraciones y exaltaciones, pero hoy es un patrimonio inapreciable que es preciso defender y desarrollar sin sucumbir por ello a la desenfadada ambición de los constructores de Babel. Quizá el mejor antídoto contra esa tentación sea seguir el consejo que San Pablo da a sus amigos en la epístola a los corintios, receloso del don recibido en Pentecostés, del que él no había sido beneficiario: “Si se habla en lenguas hablen dos, o a lo sumo tres, y por turno, e interprete uno, y si no hubiera intérprete que se guarde silencio...”. Con lo que conseguiremos que el inefable Yavé no sea Dios de confusión, sino de paz.



JUAN LUIS CEBRIÁN ES MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.